

voreció especulativamente a un reducido número de personas, es juzgada por Martz como un gran éxito; mientras que la política económica del gobierno del presidente Figueres entre 1953 y 1957, que destinó el máximo de recursos al fortalecimiento de las bases del futuro desarrollo económico del país, es tratada a la ligera y considerada como fracaso.

A pesar de todo, el libro de Martz tiene mérito, siquiera sea porque es uno de los poquísimos intentos de relatar al público norteamericano qué es lo que ha pasado en Centroamérica y por qué allí, como en otras partes, hay mala voluntad hacia Estados Unidos (véase su capítulo 8). Desde el punto de vista de su país, el autor desea que se comprendan los problemas centroamericanos y que cambien radicalmente la actitud y la política norteamericanas hacia el Istmo; a su vez, pide más responsabilidad a los centroamericanos en su trato con Estados Unidos. Si no se acometen, dentro de la región y por parte de Estados Unidos, programas de largo alcance que permitan mejorar la situación social y la económica, el autor teme el advenimiento inevitable de un desastre mayúsculo. Pero su propio "martzismo", ¿no conducirá a lo mismo? Indudablemente que hay otros caminos. Al señor Martz no se le ha ocurrido que el progreso hacia una democracia representativa—que en Centroamérica, como en todas partes, es y será siempre una lucha ardua y constante— pueda ser el camino más corto hacia el mejoramiento social y económico perdurable de los pueblos.

## UNA HISTORIA DIPLOMÁTICA MEXICANA

ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO,  
*del Colegio Nacional*

El iv tomo de los *Apuntes para la historia del derecho en México*, de don Toribio Esquivel Obregón, consagrado a las "Relaciones Internacionales", fue el primer ensayo sistemático, hasta donde yo sé, de una historia diplomática general de la nación mexicana. Desgraciadamente, la vida no le dio tiempo al inolvidable maestro de llegar más allá de la época de Juárez, si no recuerdo mal. De la República Restaurada para acá quedaba todo por hacer (digo, una vez más, de manera general y sistemática); por lo cual, y amén de sus méritos intrínsecos, viene ahora a llenar un vacío que urgía colmar este nuevo

volumen de la *Historia Moderna de México*, de don Daniel Cosío Villegas, que se presenta como la primera parte de la política exterior del Porfiriato.<sup>1</sup>

Con innegable acierto metódico, y por las razones que aduce el prólogo, el autor resolvió dividir el estudio de nuestras relaciones internacionales en este largo periodo de nuestra historia (1876-1910) en dos partes, una de las cuales, la que ahora tenemos ante nuestros ojos, abarca las relaciones con Centroamérica, Guatemala principalmente; y la segunda, que pronto verá la luz, las relaciones con Estados Unidos y los principales países europeos. Cuál de ambas secciones debía haber sido la primera o la segunda parte, es difícil decirlo, por ser obviamente sincrónicos los sucesos narrados; pero, en todo caso, parece juicioso el haber dedicado todo un volumen a estos problemas centroamericanos, tan enmarañados y tan importantes, nos guste o no nos guste, para nuestra política exterior.

Colocado México, como lo está, entre Leviatán y Liliput, en ciertas épocas de su historia (como en el Porfiriato, con toda probabilidad), ha sido para nosotros de mayor momento y peligro la invasión rampante del hormiguero antes que las dentelladas o coletazos del cetáceo, entonces casi saciado ya, para fortuna nuestra. Y lo que complica más la situación, es que en el hormiguero estaba el Leviatán, o dicho en términos más llanos, que detrás de la política internacional centroamericana, de sus personajes más visibles, estuvo indefectiblemente Estados Unidos, en aquella época sobre todo, la del primer Roosevelt, adalid y arquetipo de la intervención, y antes de él, por si algo faltara, Olney y Blaine. Por esto puede decir el autor, sin jactancia alguna, que "una de las verdaderas novedades de este tomo es enseñar que no hubo negocio entre Guatemala y México en que no interviniera Estados Unidos" (p. xviii), y lo mismo fue, y un con trémolo mayor, en todo lo demás.

Muy arduo, pues, y muy penoso, además, fue el trabajo que hubo de acometer el autor de esta primera parte de la historia diplomática del Porfiriato. Lo de penoso, porque es de lo más fatigante (aunque por supuesto tengan que hacerlo el autor y los lectores) el seguir en todos sus meandros las complicaciones inextricables y, en el fondo, personalistas de la política centroamericana, en este periodo, por lo menos, en que no aparece por ninguna parte una sola figura que pueda

<sup>1</sup> COSÍO VILLEGAS, Daniel: *Historia Moderna de México. El Porfiriato. Vida Política Exterior. Parte Primera*. México: Editorial Hermes, 1960; xxxii + 813 pp.

merecer auténticamente el dictado de estadista o siquiera de héroe. La unión centroamericana era de suyo una idea alta y hermosa, pero que pierde todo interés cuando de Francisco Morazán —con quien la idea expira en el patíbulo, según la certera apreciación de Andrés Dardón— pasa a Justo Rufino Barrios. “Es más que dudoso —comenta con mucha razón Cosío Villegas— que Barrios entendiera la Unión Centroamericana en otra forma que la de quintuplicar su Ínsula Barataria, y por eso, a pesar de todo, el símbolo de la Unión y su verdadero caudillo y mártir es Morazán” (p. 462).

Cuando se leen estas páginas, corrobórase la impresión de que la mayor realización práctica del hombre, la política, ha menester de cierta amplitud en el ámbito físico y humano para mostrarse con caracteres de verdadera grandeza. Grecia fue, naturalmente, una excepción, en esto como en todo, debido a la circunstancia única de que aquel pueblo supo ver, aun en la realidad más humilde y concreta, la refracción de la idea; en un estado minúsculo la esencia del estado, y todo lo demás que sabemos. Algo de esto se dio también en las repúblicas italianas del Renacimiento, por más que su gloria les venga, no tanto de la política como del arte y la literatura; pero, en fin, al margen de aquella política de campanario pudieron quedar obras como la *Monarquía* dantesca y el *Príncipe*. Mas después, cuando falta la dilatación espacial y el gran conglomerado humano, es la política de campanario pura, raquítica, angosta y chaparra. Por algo no hemos oído hablar jamás de ningún estadista andorrano o luxemburgués, ni siquiera de otros países que mejor será no nombrar. Que el poder, en suma, necesita espacio y gente, en ninguna parte se ve mejor que en aquella deslumbrante sátira de Chesterton: “El Napoleón de Notting Hill.” En aquel suburbio londinense, al independizarse de la ciudad y del imperio, se reproducen con toda fidelidad todas las categorías políticas: derecho, autoridad, soberanía, etc.; pero, como tenía que ser, como en maceta, ni más ni menos que el baobab de Tartarín.

Todo lo anterior, empero, deja incólume la necesidad de estas páginas laboriosas y prolijas, y de cuya lectura no puede dispensarse ningún mexicano que quiera conocer lo que es y ha sido su país. Después de la que nos es más propia, nuestra realidad lo es tanto por la frontera sur como por la frontera norte, y lo que por la una o por la otra acontezca afecta seriamente —en ocasiones con extrema gravedad— al destino nacional. Podrá sernos más atractivo asistir, aunque ya no precisamente desde la barrera, al duelo en que hoy estamos entre

Mamut y Leviatán, el Oso y la Ballena, pero lo primero somos nosotros y nuestra circunstancia.

La parte más ingrata del volumen, y que se lleva la mitad de él, es la historia de las negociaciones del tratado definitivo de límites entre Guatemala y México, cuya fecha simplemente: 1882, es por sí sola buen indicio del encono y complicación que debió haber al ultimarse apenas en aquel año una operación que normalmente debió haberse hecho desde 1823, al separarse de México, a la caída de Iturbide, las Provincias Unidas de Centroamérica. Todo el último y largo forcejeo está narrado en todos sus pormenores y con una objetividad documental en la que no hay más que pedir. Lo único que habríamos deseado, para beneficio del común de los lectores, hubiera sido una explicación más amplia de ciertos antecedentes, como el plebiscito de Chiapas de 1824, único y verdadero fundamento de nuestros títulos sobre la región disputada, ya que la posesión posterior por parte de México no reunía tal vez (por la inconformidad de Guatemala) todos los requisitos de la usucapión. La oportunidad para haber historiado más de propósito todo aquello, hubiera estado, tal vez, al comentar la nota de Lafragua del 9 de octubre de 1875. Claro que no lo exige precisamente la economía de esta historia, pero nunca está de más remover del todo el menor escrúpulo de conciencia, sobre todo cuando del otro lado se ha clamado en todos los tonos, y no siempre por simples panfletistas, sobre el "Texas del sur".

En la segunda parte de la obra, donde los acontecimientos permiten mayor vivacidad y colorido, asistimos al drama de la reiteradamente frustrada unión centroamericana, con las continuas discordias y guerras que tanto podrían llamarse internacionales como intestinas, hasta la conferencia pacificadora y los acuerdos de Washington de 1907, con el epílogo no menos dramático, en las postrimerías de la dictadura porfiriana, del destierro del presidente José Santos Zelaya y la intervención abierta de Estados Unidos en Nicaragua. Este último capítulo, sobre todo, es de lo más logrado por el orden y movimiento con que se desarrollan las peripecias: una verdadera obra maestra de historia diplomática.

Lo que para nosotros los mexicanos constituye el más suabido interés en esta segunda parte es la constante comparación, que emana espontáneamente del relato y de los documentos mismos, entre las dos políticas: la de México y la de Estados Unidos, que uno y otro país hubieron de adoptar, de acuerdo, como es natural, con sus respectivos intereses, con respecto a la política que, a su vez, seguían los estados centroamericanos en el negocio de la unión o de la desunión. A cuyo respecto

nos parece que el autor ha sido tal vez severo en demasía en ciertas apreciaciones suyas sobre nuestra política centroamericana en aquella época, aunque luego tempere el rigor de su veredicto, como resulta, por ejemplo del siguiente pasaje:

La falla mayor de México fue no haber esclarecido los motivos de su oposición [a la unión centroamericana]. Nunca llegó a trabarlos en una verdadera teoría que pudiera penetrar en la conciencia pública de México, de Centro-América y aun de los gobiernos de Estados Unidos y de las tres potencias marítimas principales de Europa: Inglaterra, Francia y Alemania. Es verdad que Mariscal supo contener la oleada demagógica de Blaine con argumentos sólidos y ocasionalmente brillantes que demostraban lo que Williamson y Logan, después de todo, sostuvieron también: una era la arrulladora fantasía de cinco pueblos que se unen convencidos de un ideal, y otra muy distinta la realidad de una unión impuesta a sangre y fuego por un déspota vulgar. Mariscal añadió con firmeza que una unión hecha así representaba un peligro cierto y próximo para México (pp. 463-64).

De lo anterior resulta, y de todo cuanto aquí leemos, que la única *teoría* posible en aquellas circunstancias fue la que con firmeza y decisión expuso nuestra cancillería: que a México no le convenía una unión centroamericana bajo la égida de Guatemala, y peor aún, de Justo Rufino Barrios. Al proceder así, México se opuso eficazmente a Estados Unidos, que si favorecía aquella unión (con Blaine, sobre todo), no era, por cierto, porque compartiera desinteresadamente el ideal de Morazán, sino con objeto de "crear el orden y la estabilidad necesarios para la penetración económica en esta zona" (p. 669), y también, como señala el autor en otro lugar, con el ánimo de preparar desde entonces la independencia de Panamá, ofreciéndole a la república nascitura la posibilidad de sumarse a un país que sería, mediante la unión centroamericana, tan importante como Colombia, y con el cual tendría, además, mayores afinidades ecológicas. De manera, pues, que México procedió en todo esto de acuerdo con su interés nacional, como Estados Unidos con el suyo, y por muchos que hubieran sido nuestros errores tácticos (¿cuántos no tuvo, a su vez, el gobierno norteamericano?), nuestra estrategia fue en general lúcida y precisa.

Por todo ello, y después de asentar que si nuestra cancillería actuó como lo hizo, era porque los designios de Rufino

Barrios o Estrada Cabrera representaban “un peligro cierto y próximo para México”, no puede eludirse la impresión de cierta contradicción cuando, en otro pasaje posterior, el autor asienta lo que sigue: “A México en cambio [al contrario de Estados Unidos], lo movían los resortes del prestigio y de la vanidad de alternar y aun contender con una potencia de primer orden” (p. 669). Pero la vanidad no llega jamás al heroísmo, y con ella sola por consejera, no hubiera escrito nuestro gobierno aquella página inmortal de la diplomacia mexicana, al ofrecer asilo, jugándose el todo por el todo, a José Santos Zelaya, “un presidente no más intrigante que los otros de Centro-América, pero sí rebelde a someterse incondicionalmente al poderío norteamericano” (p. 698).

Por otro lado, y como lo reconoce en numerosas ocasiones el autor, tampoco Estados Unidos tuvo una *teoría* de la política centroamericana, sino que fue distinta con Blaine, Frelinghuysen, Root, Knox o quien haya sido. La unión o la desunión centroamericana, y en la órbita de tal o cual país, la estimularon o no según favoreciera uno u otro fenómeno la seguridad de los inversores norteamericanos, la denuncia tan deseada del tratado Clayton-Bulwer, el dominio de la vía interoceánica, y todo lo que con esto iba aparejado o conexo. Éstas fueron las únicas constantes, como de parte de México, a su vez, la resolución de conjurar el peligro de otro vecino poderoso por el sur, si no había de resultar de la voluntad espontánea de los pueblos, y si la hegemonía del nuevo estado había de recaer en un gobierno que México consideraba con razón que había de serle hostil.

La ocasión invita a preguntarnos en general si en política exterior es posible la formulación de verdaderas teorías. En los grandes conjuntos y operando con factores de cierta estabilidad, puede ser. Es así, verbigracia, como partiendo del hecho irrevocablemente consumado de la repartición del mundo en dos sistemas políticos y sociales de imposible avenimiento ideológico, ha podido Nikita Krushchov desenvolver su teoría de la coexistencia pacífica (“On peaceful Coexistence”, *Foreign Affairs*, octubre 1959). Pero dentro de un campo cuyos elementos están en continua ebullición y cuya distribución de fuerzas cambia sin cesar, y ya no siquiera en función de factores geopolíticos de cierta permanencia, sino por movimientos imprevisibles de mero condotierismo político, no puede hacerse otra cosa que consultar uno su propia seguridad, y, de acuerdo con este criterio, disponer estrategias o tácticas de cumplimiento inmediato y sujetas a continua revisión.

Éstas son apenas reflexiones al margen de lo que marginal-

mente también comenta el autor, porque sobre el núcleo mismo, sobre los sucesos narrados con tanta maestría, no me toca a mí, sino a los expertos en cosas centroamericanas —una *expertise* bien ardua, por cierto—, decir lo que quisieren. Lo que nos parece fuera de duda es que, digan lo que dijeren, todo mundo tendrá que respetar y admirar el improbable trabajo de investigación, en todas las fuentes posibles, que hay detrás de esta *Historia*. Yo no he hecho jamás historia, sino a lo más, en uno que otro libro, cierta filosofía de la historia de las relaciones interamericanas. En este terreno, que es el mío, querría decir, por último, a qué punto transpira de estas páginas —de un pasado que no está aún irrevocablemente cancelado— la urgencia impostergable de un verdadero sistema de soluciones pacíficas sin vacíos ni elusiones posibles, y que sea sinceramente aceptado y practicado. A menos de esto, continuaremos abandonados a los vaivenes del empirismo y con soluciones a medias que nada resuelven en el fondo. Será difícil aquello, pero la alternativa no conoce otros términos.

## ESTADOS UNIDOS Y LA AMÉRICA LATINA

ENRIQUE HELGUERA,

*de la Universidad Nacional de México*

Estamos viviendo días de prueba para los organismos internacionales. Las Naciones Unidas, por una parte, se enfrentan a la crítica situación en el Congo, que habrá de marcar la pauta para la independencia inminente de los demás países de ese continente colonial. De aquí saldrá reafirmada, como una verdadera organización supraestatal que se puede imponer coercitivamente, o mermada en su prestigio como una bella utopía que no pudo llevar a cabo sus funciones en la compleja realidad política internacional.

Por otra parte, la Organización de los Estados Americanos (OEA) ha tomado dos medidas de trascendencia histórica en la Sexta y Séptima Reuniones celebradas en San José de Costa Rica. La primera, en que se resolvió la ruptura colectiva de relaciones económicas de todos los estados miembros con la República Dominicana, es plenamente justificable si trae consigo la esperada caída del dictador y de sus secuaces. Si ese resultado se produce, se habrá descubierto una milagrosa cura